

DEL GOBIERNO DE MADERO
AL RETORNO DEL PRI

ÉRASE UNA VEZ MEXICO

3

SANDRA MOLINA
Y ALEJANDRO ROSAS

mr

Diseño de portada: Óscar O. González
Mapa de portada: © Shutterstock / Vitoriano Junior
Fotografía de autores: © Liz Batta

Imágenes de interiores: Pág. 14: *Francisco I. Madero, ca. 1911*. Anónimo. George Grantham Bain Collection. Biblioteca del Congreso, Washington; pág. 42: *Villistas durante un descanso, ca. 1913-1914*. Anónimo. George Grantham Bain Collection. Biblioteca del Congreso, Washington; pág. 65: *Caballería villista, ca. 1913-1914*. Anónimo. George Grantham Bain Collection. Biblioteca del Congreso, Washington; pág. 66: *Revolucionario mexicano, ca. 1915-1917*. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington; pág. 86-87: *Revolucionarios sobre vagones de tren, ca. 1916*. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington; pág. 88: *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, 1917*; pág. 101: *Los diputados constituyentes protestan cumplir la nueva Constitución*. 5 de febrero de 1917. José Mendoza. Fondo xxxi-2, Carpeta 1, foto 57. Centro de Estudios de Historia de México, Carso, Fundación Carlos Slim, ac. Pág. 102.- *Los generales Álvaro Obregón, Benjamin G. Hill y Jacinto B. Treviño desfilando en la Ciudad de México*. 9 de mayo de 1920. Anónimo. Fondo xl-2, Carpeta 1, foto 12. Centro de Estudios de Historia de México, Carso, Fundación Carlos Slim, ac. Pág. 136: *El general Plutarco Elías Calles protesta como Presidente Constitucional*. 1 de diciembre de 1924. Anónimo. Fondo xlii-1, Carpeta 1, foto 17. Centro de Estudios de Historia de México, Carso, Fundación Carlos Slim, ac. Pág. 174: *Construcción de la Torre Latinoamericana, ca. 1956*. Archivo fotográfico Díaz, Delgado y García, caja 86/16. Archivo General de la Nación. Pág. 243: *Segundo Salón Internacional del Automóvil de México, enero de 1957*. Anónimo. Archivo fotográfico del Auditorio Nacional. Pág. 244: *Oficinas de Televisa destruidas por el terremoto*. 19 de septiembre de 1985. Hermanos Mayo. Fondo Hermanos Mayo, Sección Cronológica, sobre 1464. Archivo General de la Nación. Pág. 302: *Malena Díaz Urnas electorales Julio de 2000 Agencia fotográfica CUARTOSCURO*. Pág. 372: *Miles de personas marcharon del Ángel de la Independencia al Zócalo capitalino para rechazar el resultado de las pasadas elecciones*. 7 de julio de 2012. Hugo Cruz ID. 224127 PROCESOFOTO

© 2016, Alejandro Rosas
© 2016, Sandra Molina

Derechos reservados

© 2016, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial MARTÍNEZ ROCA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx
Primera edición: junio de 2016
ISBN: 978-607-07-3018-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

*Para Paula y Alfredo Hernández Molina
y Santiago y Natalia Rosas Campuzano,
que alcanzarán a ver un
final distinto para esta historia.*

EN EL TOMO ANTERIOR...



Érase una vez un cura que dio un grito y despertó a todo un pueblo. Lo mataron pronto y le siguió otro cura, varios caudillos y una bola de insurgentes que pelearon durante once años hasta alcanzar la independencia. Los vencedores creyeron que la monarquía era una buena forma de gobierno y establecieron un imperio, pero duró lo que un suspiro y entonces nació la república.

Vinieron décadas de golpes de Estado, levantamientos armados, decenas de presidentes guiados por un caudillo con una pata de palo, guerras con el exterior, pérdida de territorio y la Iglesia que se creía dueña de todo el país. La república aprendió a sobrevivir hasta que llegaron a poner orden un indio zapoteca y sus amigos; derrotaron al caudillo cojo, derrotaron a los conservadores, separaron al Estado y la Iglesia, vencieron a los franceses y fusilaron a un emperador que venía de Austria. Al fin triunfó la república.

Luego de algunos años de paz, un nuevo levantamiento llevó a otro oaxaqueño al poder y llegó con tres obsesiones: orden, paz y progreso. Le agarró gusto a la silla presidencial y no volvió a soltarla. A cambio trajo estabilidad, crecimiento y modernización, pero también desigualdad, injusticia y

represión. De pronto surgió un rancharo que hizo del voto su arma, habló de democracia por todo el país; lo encarcelaron, se levantó en armas y acabó con el largo régimen de la paz y el progreso. Con el dictador rumbo al exilio, se dispuso a entrar a la Ciudad de México para instaurar la democracia.

ÉRASE UNA VEZ...



Un presidente que llegó al poder a través del sufragio, dispuesto a instaurar la democracia, pero como no era el tiempo de los votos sino de las balas fue derrocado y asesinado. Inició entonces una larga revolución (1913-1917) en la que un grupo de caudillos se levantó en armas contra el usurpador; cuando lo derrotaron intentaron establecer la paz, pero como aún no era el tiempo de los votos sino de las balas, se pelearon por la silla presidencial hasta liquidarse.

Los vencedores hicieron una nueva Constitución e incluyeron todas las demandas que le dieron forma a la revolución. Comenzó la reconstrucción del país (1917-1929), pero todavía no era tiempo de votos sino de balas y cada sucesión presidencial fue un regadero de sangre: presidentes asesinados, candidatos ejecutados, una revuelta por aquí, otra por allá, y hasta una rebelión con tintes religiosos.

Los que lograron sobrevivir a todo estaban ya muy cansados de tanto desastre, y se les ocurrió crear un partido único, un partido oficial, un partido de Estado para poner orden, garantizar la transmisión pacífica del poder y quedarse en la presidencia para toda la eternidad. Y lo lograron solo durante 71 años (1929-2000) y luego por seis más.

Ya no era el tiempo de las balas sino de los votos, pero mal habidos; tiempo en el que el fraude electoral se hizo práctica común y se creó un sistema político autoritario, corrupto e impune sobre el que se construyó el México del siglo xx.

La paz y la estabilidad echaron raíces; del nacionalismo revolucionario con todo y la expropiación petrolera el país transitó a la modernización e industrialización; el caballo fue sustituido por el automóvil y las vías férreas por las autopistas. A la economía en crecimiento, a la inflación controlada y a la estabilidad cambiaria les llamaron el milagro mexicano. La oposición, la disidencia y la crítica fueron reprimidas a sangre y fuego.

Pero se acabó el veinte, se acabó el milagro y se vino el mundo encima. Crisis tras crisis; devaluación tras devaluación; inflación por las nubes; endeudamiento. Para colmo, guerra sucia contra los opositores, torturas y desapariciones, y hasta un terremoto devastador. Llegó el neoliberalismo, se firmó un Tratado de Libre Comercio y volvieron del pasado los zapatistas para declararle la guerra al gobierno. La oposición ganó espacios, impulsó leyes y se presentó al fin la hora de la revancha.

Llegó la alternancia presidencial; se recuperó el valor del voto; aplausos a la democracia. Pero se perdieron 12 años y muchas oportunidades; no hubo cambios sustanciales, solo polarización y más corrupción y más impunidad. Desapareció el fantasma de las crisis económicas pero apareció el fantasma del narcotráfico y la inseguridad, y como corolario, sin decir “agua va”, regresó el partido que en 1929 soñó que tendría el poder para toda la eternidad.

De todo esto trata la última entrega de *Érase una vez México*. Es un recorrido por el siglo xx y los inicios del XXI; de la revolución a la reconstrucción; de la estabilidad a las crisis, de la transición democrática al retorno del PRI. Es una

historia que cuenta cómo la sociedad se adaptó a un régimen donde todo era simulación y aprendió a vivir con él; cómo se transformó, abrió espacios y recuperó sus libertades públicas. Es una historia que comenzó con una fallida democracia —la de Madero— y termina con otra oportunidad para la democracia que se encuentra al borde del abismo.



Francisco I. Madero, ca. 1911. Anónimo. George Grantham Bain Collection. Biblioteca del Congreso, Washington.

CAPÍTULO 1



Pues no, no estábamos aptos para la democracia (1911-1913)

Cuando pase el temblor

Caía la tarde del 6 de junio de 1911 y en la Ciudad de México se respiraba un ambiente festivo. No como en otras ocasiones, cuando la sociedad esperaba con emoción el inicio del carnaval, las celebraciones de Semana Santa o como el júbilo que se desataba al aproximarse la noche del Grito. Era un sentimiento distinto, casi podría decirse que desconocido para la gente. Apenas unas semanas atrás había caído Porfirio Díaz, y tras su partida al exilio los habitantes de la Ciudad de México esperaban la llegada del jefe de la revolución triunfante: Francisco I. Madero.

Esa noche del 6 de junio la gente regresó a sus hogares dispuesta a levantarse temprano para volcarse en las calles y no perder detalle de la entrada de Madero, que se había anunciado para la mañana del día siguiente. La ciudad entró en su apacible calma nocturna, sin saber que el terremoto social iniciado el 20 de noviembre de 1910 tendría una réplica más mundana, con la cual la naturaleza le pasaba lista a las pasiones humanas.

El jueves 7 de junio de 1911, a las 4:26 de la mañana se sintió un fortísimo temblor en la Ciudad de México y en una

MADERO ENTRÓ A LA CAPITAL...

Con la apoteosis de un vencedor despojado de ejércitos: ídolo guía de su pueblo. Medio millón de habitantes sistemáticamente vejados por la autoridad saboreó aquel día el júbilo de ser libre. El “Caballito”, viejo símbolo de la tiranía antigua, se cubrió de muchachos desde el pedestal hasta los hombros del rey olvidado. Manos infantiles acariciaron el cetro, como si por fin la autoridad se hubiese vuelto servicio humano y no atropello de bandoleros afortunados. Las campanas de la Catedral, las de la Profesa, las de noventa templos repicaron el triunfo del Dios bueno. Por una vez en tanto tiempo caía destronado Huitzilopochtli, el sanguinario. Tras de larga condena de todo un siglo de mala historia, una nueva etapa inspirada en el amor cristiano iniciaba su regocijo, prometía bienandanzas. Por primera vez, la vieja Anáhuac aclamaba a un héroe cuyo signo de victoria era la libertad, y su propósito no la venganza sino la unión. José Vasconcelos, *Ulises criollo*.

extensa zona de la República Mexicana que hizo caer diversas construcciones. La gente salió despavorida, gritando y rezando, invocando al Ser Supremo, pidiendo perdón por sus pecados por si había llegado el momento de entregar cuentas al Creador.

Para desgracia de algunos soldados que habían logrado sobrevivir a la reciente rebelión maderista, el cuartel general de artillería, localizado en San Cosme, se vino abajo por completo y sepultó a buena parte de la tropa. Lo que no habían hecho los cañones revolucionarios lo hacía la naturaleza caprichosamente.

NO TE HAGAS BOLAS CON LA REVOLUCIÓN

Entre el periodo de 1910 y 1917 la Revolución tuvo varias etapas, cada una con características particulares. *Etapá maderista*. 20 de noviembre de 1910-21 de mayo de 1911. Encabezada por Francisco I. Madero en contra de la dictadura de Porfirio Díaz; su fin: establecer un régimen democrático bajo el lema: “Sufragio efectivo. No reelección”. *Contrarrevolución*. 9-19 de febrero de 1913. Levantamiento armado encabezado por varios generales del régimen porfirista contra el gobierno de Madero. Huerta aprovechó las circunstancias para pactar con los sublevados y traicionó al presidente. El 19 de febrero asumió el poder y en pocos meses se convirtió en dictador. *Revolución constitucionalista*. 26 de marzo de 1913-13 de agosto de 1914. Fue encabezada por Venustiano Carranza. Su objetivo era político: restablecer el orden constitucional roto por el golpe de Estado huertista. *La bola*. Octubre de 1914-finales de 1916.

Una vez que terminó la revolución contra Huerta, se desató la lucha por el poder al interior de la propia revolución, que acabó, en términos generales, por enfrentar en los campos de batalla a Carranza y Obregón contra Villa y Zapata. *Etapá constitucional*. 1916-1917. Con la victoria en sus manos, Carranza convocó a un Congreso Constituyente en la ciudad de Querétaro que le diera a México una nueva Constitución, en la cual se incorporaron todas las demandas socioeconómicas que le habían dado sustento a la Revolución. La nueva ley suprema fue promulgada el 5 de febrero de 1917.

Pese a los daños materiales y a las víctimas del terremoto, nada opacó la entrada de Madero a la capital. La gente barrió los escombros y en un santiamén colocó banderas tricolores para saludarlo. Su llegada se esperaba a las 10 de la mañana, pero no siendo la puntualidad una virtud mexicana, el ferrocarril que traía al jefe de la revolución triunfante llegó a los andenes de la estación Colonia alrededor de las 12:30 del día.

Más de cien mil personas aclamaron al caudillo civil que había logrado acabar con un régimen de más de treinta años. Y era tan grande la multitud que el traslado de la estación Colonia —donde hoy se encuentra el Monumento a la Madre, en Sullivan— al Palacio Nacional se llevó más de tres horas porque las calles eran intransitables.

Música, cohetones, vivas, risas y alegría acompañaron a Madero durante todo el recorrido, y la celebración se extendió hasta altas horas de la noche con uno que otro altercado, como el asesinato de una mujer que fue apuñalada porque no quiso gritar “Viva Madero”. Aquel 7 de junio la gente se permitió todo, hasta soñar con una nueva era, con la hora del cambio, de la transformación hacia un país más justo e igualitario. Para Madero y para el ciudadano común no había temores sino confianza y fe en el porvenir.

Presidente blanco, corazón negro

A pesar de las esperanzas y los buenos augurios que reinaban en el país por el próximo cambio de régimen, lo cierto era que la puerca había torcido el rabo desde el 21 de mayo anterior, cuando se firmaron los Tratados de Ciudad Juárez que pusieron fin a la revolución maderista. En ellos, Madero cometió los dos primeros errores de una larga cadena que lo llevarían a su caída tiempo después: aceptó la

presidencia interina de Francisco León de la Barra y permitió que el ejército federal, contra el que habían combatido él y sus hombres, se encargara de la seguridad y del orden del país, mientras los revolucionarios estaban obligados a entregar las armas y regresar a sus hogares a continuar con su vida como si nada hubiera pasado.

En un país donde la ley era como una leyenda —todos habían oído hablar de ella pero nadie había visto su aplicación—, el respeto que mostraba Madero por la ley y por las instituciones se convirtió en una bomba de tiempo. Aquel 7 de junio el jefe de la revolución triunfante pudo haber llegado a la capital y tomar el poder con la mano en la cintura y un argumento muy simple: “Yo derroqué a Porfirio Díaz, yo soy el presidente”. Nadie habría chistado, esa era la costumbre; todos los jefes y caudillos que durante el siglo XIX llegaron al poder a través de levantamientos armados así lo hicieron.

Pero Madero era un demócrata por encima de todas las cosas y siguió el camino que marcaba la ley. Solo ocuparía la presidencia si la ciudadanía así lo quería a través del voto. Por eso, cuando llegó a la capital se dirigió a Palacio Nacional, pero no para sentarse en la silla presidencial, sino para mostrar sus respetos al presidente interino, Francisco León de la Barra, y ponerse a sus órdenes para trabajar por el restablecimiento de la paz.

De la Barra era más porfirista que don Porfirio, y si Madero esperaba que el presidente interino actuara honorablemente, que se sumara con entusiasmo al programa revolucionario, que no privilegiara los intereses de los viejos porfiristas y solo mirara por el bien de la Patria, estaba muy equivocado.

Lejos de facilitar la transición hacia el nuevo régimen, León de la Barra hizo todo lo que estuvo a su alcance para

EL PRESIDENTE BLANCO

Francisco León de la Barra era un hombre con escasa sensibilidad social —como toda la generación que gobernó al lado de don Porfirio—. Durante su gestión fue conocido como “el presidente blanco”. Donde la forma había sido fondo —el porfiriato—, De la Barra era el prototipo de la “decencia”, de ahí el sobrenombre: educación refinada, reflexivo, elevado por la lectura y los viajes, amante de las buenas costumbres, con alcurnia en sus apellidos, perteneciente a las “clases superiores de la capital”. Su reputación era prácticamente inmaculada, y bajo esa visión los porfiristas justificaron su proceder. José Vasconcelos llegó a decir que era “el presidente blanco, pero de la pechera”.

obstaculizarla. Su gobierno fue una extensión del porfiriato sin don Porfirio —como un tiempo de compensación—, y durante los seis meses que duró su administración se dedicó, exitosamente, a intrigar, a favorecer los intereses de la dictadura depuesta y a entorpecer el triunfo revolucionario.

Desde un principio fue notorio que entre Madero y León de la Barra existía un profundo antagonismo, no obstante que cuando se reunían se saludaban cordialmente y sonreían para la foto. Don Francisco, que andaba en gira electoral con miras a las próximas elecciones, a veces cuestionaba las decisiones del presidente ante el disgusto de este; por su parte, De la Barra hacía lo posible por desprestigiar a Madero, no solo ante los viejos políticos porfiristas caídos en desgracia, sino ante los mismos revolucionarios, con el claro fin de restarle apoyo político. De la Barra removió a varios miembros

de su gabinete que eran de origen revolucionario, lo cual disgustó a los maderistas.

El presidente De la Barra logró, con todo éxito, el rompimiento definitivo entre Madero y Zapata. El Caudillo del Sur se negó a licenciar a sus tropas —como lo había ordenado el presidente, a más tardar para julio de 1911—, mientras no se iniciara la restitución de tierras de acuerdo con lo que Madero había establecido en el Plan de San Luis.

Lejos de tratar de entender las demandas zapatistas, y mientras Madero se reunía con Zapata en Cuautla para tratar de llegar a un entendimiento que beneficiara a todos, De la Barra envió a dos de sus generales más feroces y sanguinarios —Victoriano Huerta y Juvencio Robles— para aniquilar al caudillo sureño. Zapata responsabilizó al presidente de la represión y también a Madero, al que consideró traidor, por lo que sobrevino la ruptura definitiva entre ambos caudillos.

Tras una exitosa gira electoral como candidato del Partido Constitucional Progresista, Francisco I. Madero obtuvo el triunfo en las elecciones, y el 6 de noviembre de 1911, con todo el dolor que podía invadir al presidente León de la Barra, a los viejos, muy viejos diputados y senadores porfiristas, la Cámara declaró “Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos al señor don Francisco I. Madero”.

De la Barra le entregó la banda presidencial a Madero junto con una situación al borde del caos; había logrado la división interna del grupo maderista y con los zapatistas a punto de declararle la guerra al nuevo gobierno. Era un hecho: cuando Madero protestó como presidente los vítores y el júbilo de aquel 7 de junio se habían apagado y reinaba el más profundo silencio, augurio de tiempos sombríos.